

Mucho podemos dulcificar nuestros sufrimientos, si en ellos vemos la voluntad santísima de Dios. El que con el corazón, más que con los labios, reza la oración dominical, no puede menos que aficionarse al padecer cuando pronuncia aquellas palabras de tan alta significación: *«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»* Porque si á la calma del espíritu sucede desecha tormenta, si se truecan en nublados y adversos los serenos tiempos de bonanza, en el corazón lo mismo que en los labios pronta está la explicación de estas y otras muchas vicisitudes: *«Dios lo quiere.»*—*«Esta es la voluntad de Dios.»* Así se expresaba nuestro amabilísimo Redentor cuando se dirigía á su Eterno Padre: *«Sí, Padre mío, alabado seas, por haber sido de tu agrado que sucediese así.»* Y cuando, próximo á entregarse por nuestro amor en manos de sus enemigos, mandó á San Pedro que envainase su espada y no se empeñase en defenderle, le dijo: *«El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberle?»* Imitar en esto á Cristo Nuestro Señor es altísima honra y gloria incomparable, pues equivale á nuevas señales de predestinación, como nos dice el Apóstol en su Carta á los Romanos: *«A los que Dios tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo, por manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos.»* ¡Qué gloria elevadísima, parecerse por el sufrimiento á Cristo Nuestro Señor!

Y no es gran maravilla; porque el amor verdadero á la Cruz es camino seguro para llegar á la perfección. Empañan la pureza del corazón con harta frecuencia hábitos de inmortalización y de propio juicio, disimuladas tendencias á dejar siempre satisfecho nuestro amor propio, afición á las criaturas tal vez con especiosos pretextos de caridad, y centenares de afectos menos ordenados, en que tantas veces nos sorprendemos más ó menos preocupados y solícitos de nuestra propia satisfacción. Pero, felizmente, brilla de nuevo en el alma el esplendor de su belleza, cuando se siente poseída del amor á la Cruz; que la sobrenatural hermosura en ella producida por la gracia sólo puede conservarse y tomar creces con la seria resolución de padecer. Entonces germinan con incomparable lozanía generosos afectos y esforzados propósitos, y nacen y robustécense sólidas virtudes, sin que haya que lamentar obstáculos en la mística tierra del corazón, vencidos co-

mo están ya por el sufrir los desordenados afectos de la voluntad. Esto quiso significar el Espíritu Santo, al decirnos por el Apóstol Santiago que *«la paciencia perfecciona la obra;»* admirable concisión para indicarnos nada menos que la grandiosa y celestial empresa de nuestra perfección espiritual. Y no encontraremos jamás elemento más poderoso para esta obra de tanta importancia, que es en verdad la *única* que constantemente debiera preocuparnos. Habla al divino Amado de su alma la sagrada Esposa en el capítulo II del inspirado libro del Cantar de los Cantares, y le dice: *«Vuélvete corriendo; aseméjate, querido mío, á la corza y al cervatillo que se crían en los montes de Bether;»* y á pocas páginas dícele en el capítulo VIII: *«¡Ah! Corre aprisa, amor mío, y aseméjate á la corza y al cervatillo, huye á los montes de los aromas;»* si quieres oír mi voz. ¡Singular variación en el amor, cuando tan acendrado y tan fino parecía ser el que inflamaba hácia Dios el corazón de la sagrada Esposa! ¡Cómo! ¿Tan pronto se ha sentido hastiado su amante pecho de las dulzuras purísimas que produce el divino amor? No, ciertamente; que mal pudiera causar enojos al alma la posesión felicísima del sumo Bien, fuente inagotable de los más puros y embelesadores goces. Es que, como muy sabiamente interpreta la Paráfrasis caldaica, el alma justa, representada en la sagrada Esposa de los Cantares, manifiesta á su Dios un amor más desinteresado y más puro buscándole anhelante por los ásperos senderos de la Cruz, que dirigiéndose plácida hácia Él por el fácil camino de espirituales consuelos. Sabe muy bien que cuanto más alejada de su divino Esposo parezca estar por la privación de encantadoras dulzuras, más presente le tiene y más propicio por su heroica fidelidad en sufrir por Él; que en el tranquilo vivir sin temores que acongojen, ni angustias que desconsuelen, bien pudiera sospechar el alma con amarga pesadumbre que, más que á su Dios, va buscándose á sí misma.

III

Nuevos y más subidos quilates de mérito descubrimos en la Cruz, si en el sufrir vamos al mismo tiempo agradeciendo los sufrimientos de nuestro amorosísimo Salvador. En el padecer por Jesucristo *«glo-*

rificamos á Dios y le llevamos en nuestro cuerpo,» como recomienda el Apóstol San Pablo, cuyo amor al sufrimiento era tal, que decía escribiendo á los Gálatas: «Yo traigo impresas en mi cuerpo las señales de lo que he padecido por amor de Jesus;» y á los Corintios: «Castigo mi cuerpo y le esclavizo; no sea que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado.» Y cuán necesario sea en todos nosotros, para imitar á Cristo Nuestro Señor, el amor á la Cruz, lo explica en su carta á los Colosenses: «Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo en sus miembros, sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, el cual es la Iglesia.» Ciertamente que al divino Jesus nada le ha quedado por padecer; porque su Sangre preciosísima, como dice el Doctor Angélico, es suficiente para la redención de muchos mundos: «lo que falta es, que así como Cristo padeció en su santísimo Cuerpo, del mismo modo padezca en Pablo, que es miembro suyo, y en todos los demás cristianos.» Por esto, según San Bruno: «Dice San Pablo que cumple lo que resta que padecer á Cristo, porque se va acercando á la muerte. Mucho sufrió Cristo, Nuestro divino Salvador: oprobios, vejaciones de todo género, azotes y hasta la misma muerte. Así Pablo había padecido también oprobios, azotes, muchas aflicciones, y acercábase entonces á la muerte para morir por Cristo, así como Cristo había muerto por él.» No menos explícito que su amado co-Apóstol Pablo se muestra San Pedro, cuando nos dice: «Cristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigais sus pisadas.»

Para que no sean en nosotros estériles tan autorizadas recomendaciones, para dar en cuanto sea posible mayor gloria al Corazón sacratísimo de Jesus, y para satisfacer las ardorosas ansias de las almas piadosas, que cifran su mayor dicha en desagruar á este Corazón amabilísimo de tantas injurias que incesantemente le prodigan los hombres ingratos, consideramos medio muy eficaz la preciosa obra del *Apostolado de la Cruz*, canónicamente erigida en su diócesis por Nuestro venerable Hermano el Ilustrísimo Señor Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramon Ibarra y Gonzalez, el 3 de Mayo de 1895, acogida con fervoroso entusiasmo por el segundo Sínodo diocesano de la misma ciudad cuatro días después, y últimamente enriquecida con numerosas indulgencias, muchas de ellas plenarias, por Su Santidad Leon XIII.

Es el objeto del *Apostolado de la Cruz*, excitar á los fieles á padecer por nuestro divino Salvador, acompañándole de algún modo en los dolores que oprimieron su amantísimo Corazón, y pidiéndole las gracias convenientes para la santificación y perfección de nuestras almas, y que llegue cuanto antes el día por tanto tiempo suspirado, de que el divino Corazón de Jesus reine sin contradicciones sobre la tierra. Persuadidos de que con esta hermosa institución alcanzarán todavía mayor incremento el «Apostolado de la Oración» y la «Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesus,» y de que los fervorosos amantes de nuestro divino Redentor, al afiliarse en el *Apostolado de la Cruz*, se animarán á penetrar con más ardor en los amorosos secretos y salvadores designios de este dulcísimo Corazón, sufriendo pacientemente por Él y amándole con filial ternura; Nos hemos creído oportuno establecerla en este Arzobispado por medio del siguiente Decreto:

«Considerando que los principios en que se funda la obra del *Apostolado de la Cruz* son consecuencia legítima de las divinas máximas del Evangelio, con tan paternal interés recomendadas por nuestro amabilísimo Salvador; que en todos los pueblos en que ha sido establecida ha contribuido de muy notable manera, y en ocasiones prodigiosa, al fomento de la piedad y á la cristiana reforma de las costumbres; que los venerables Prelados de esta República la han aprobado sin reservas, dispensándola amorosa acogida y reconociéndola como auxiliar muy poderoso para el acrecentamiento de la verdadera devoción y del culto al Corazón Sacratísimo de Jesus, y que, últimamente, á ruegos de Nuestro venerable Hermano el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, el Sumo Pontífice se ha dignado bendecirla y enriquecerla con numerosas indulgencias; venimos en erigir canónicamente en la Iglesia parroquial del Sagrario Metropolitano de esta ciudad, la Asociación piadosa del *Apostolado de la Cruz*, y recomendamos con el mayor interés esta saludable Institución á Nuestros muy amados Párrocos y Capellanes de este Arzobispado para que oportunamente la vayan estableciendo en sus respectivas Iglesias y Santuarios, solicitando de Nos la conveniente erección canónica, que gustosos estamos dispuestos á conceder.»

Seguros estamos, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, de que no puede menos de ser muy grata al Corazón amabilísimo de Jesus esta obra del *Apostolado de la Cruz*, en que las almas fieles de la

Iglesia, al sufrir con paciencia las penalidades en que tan fecunda es la vida del hombre, consolarán á Nuestro amabilísimo Salvador en los tormentos que padeció en su Cuerpo sacratísimo y en las amarguras que abrevaron su bendita alma. ¿Qué entendimiento de hombre ni de ángel pudiera formarse aproximada idea de los sufrimientos del divino Jesus en el Huerto de Getzemaní, en el lugar de su horrible flagelación, en el Pretorio y en el Calvario? Y sin embargo, su silencio, su dulzura, la serenidad de su divino semblante y la tranquilidad de su espíritu, dícnos con admirable elocuencia con qué conformidad y alegría es necesario sufrir, si hemos de parecernos en algo á nuestro divino Capitan. Y ¡qué decir de sus incomparables amarguras! Un pueblo que cinco días ántes le habia vitoreado con atronadores hosannas y expresivo entusiasmo, déjase culpablemente sorprender por los enemigos de su amabilísimo Bienhechor; y al oír la impía proposición de Pilatos, que los invita á decidirse por Jesus ó por Barrabás, por el Santo de los santos ó por un famoso malhechor; pronúnciase en favor del odiado forajido, y pide la muerte infamante de la cruz para el que viene á brindarle con gloriosa y eterna vida. La admiración que en ellos produjeran tantas veces los estupendos milagros hechos por el divino Nazareno; las ruidosas muestras de gratitud que con frecuencia le habian tributado cuando multiplicaba panes y peces en el desierto, sanaba á sus enfermos incurables, y les devolvía llenos de vida los deudos que les habia arrebatado la muerte; la memoria de tantas maravillas hechas en su favor, cuyo solo relato llenaría de libros el mundo; todo eso queda por completo olvidado entre aquellos espíritus volubles y desagradecidos. El amable taumaturgo de ayer, á quien tan en serio intentaron aclamar por rey, es ya, á sus ojos, no más que un despreciable criminal que merece ser pospuesto á un homicida vulgar. ¡Oh Corazon amabilísimo de Jesus! ¿Qué amargura podrá ser comparable á la vuestra, al veros tratado con tan horrenda ingratitud y tan abominable injusticia? Los que anhelaís desagraviar á vuestro divino Rey tan vilmente ultrajado, por irrisión coronado de espinas, y por diabólica crueldad clavado en afrentosa cruz, bien podeis atesorar en vuestro corazon estos dolorosos recuerdos, tan eficaces para excitar en cualquier pecho amante efectos ardentísimos de *amor y de dolor*.

Por último, nuestros sufrimientos por el divino Jesus deben revelarse en la práctica de buenas obras. Otros géneros de muerte pudo muy bien elegir nuestro amabilísimo Salvador para redimir á los hombres. Ofreciéronle la ocasión de morir sus mismos conciudadanos de Nazaret, cuando, por haberse negado á hacer milagros entre ellos, quisieron precipitarle desde la cumbre de un monte; pero al divino Taumaturgo no plugo morir entónces, sino que *"pasando por medio de ellos, se retiró."* Tampoco aceptó las ocasiones de morir apedreado, ni acabar su preciosa vida en el bárbaro tormento de la flagelación; sino que prefirió ser clavado ignominiosamente en una Cruz en el Calvario, y morir extendidos los brazos. ¿Qué nuevo misterio se oculta en este género de muerte? "Quiso que fuesen extendidas sus manos en la Cruz, dice San Agustín, *"para que nuestras manos se extiendan tambien en la práctica de las buenas obras."* No basta, pues, sufrir en silencio; que nuestra vida, en cuanto sea posible, debe ser fecunda en obras de celo, y cumple á la mayor gloria de Dios muerto en la Cruz por nuestro amor, que nuestra alma agote, por decirlo así, toda su actividad en meritorios trabajos de propaganda católica, tan necesarios en este religioso país, por tantos males hace tiempo combatido. Dígnese el amabilísimo Jesus imprimir el precioso sello de su amor en nuestro corazon y en nuestros brazos, para que no sólo nuestros pensamientos y deseos, sino tambien nuestras obras, constantemente respiren afectos de *amor y de dolor*.

Que el amor á las tribulaciones y á la Cruz, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, sea en nosotros fecundísimo gérmen de obras meritorias, con que desagraviemos sin cesar al Corazon amabilísimo de Jesus, siempre solícito de nuestro bien. Y que se grave en nuestras almas con caracteres que no se desfiguren nunca, la Consagración que de todo nuestro ser hacemos desde luego á nuestro divino Redentor con arreglo á la fórmula que á continuación trascribimos y Nos mismo rezaremos, Dios mediante, en la Iglesia del Sagrario á las diez de la mañana del próximo viérnes 27, despues de la Misa Pontifical é imposición de escapularios con que queremos solemnemente inaugurar la erección de la Asociación piadosa del Apostolado de la Cruz. Concedemos ochenta días de indulgencia á todos los fieles de este Arzobispado y de las Diócesis sufragáneas de Puebla, Veracruz, Tulan-

cingo, Chilapa y Cuernavaca, por cada vez que devotamente digan este Acto de consagracion.

Y deseándoos que en el amor á la Cruz consigais abundantes gracias espirituales, afectuosamente os bendecimos en el nombre del Padre, ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo.

Será leida esta Carta Pastoral *intra Missarum solemniam* en todas las iglesias de este Arzobispado, el dia festivo que ocurra inmediato al de su recepcion; en los colegios católicos en la primera oportunidad, segun lo dispongan sus respectivos superiores; y exhortamos en el Señor á todos los fieles que no pudieran oír su lectura en las Iglesias, á que la hagan con el debido recogimiento y atencion en sus casas.

Dada en Nuestra Casa Arzobispal de México, el dia de la Preciosísima Sangre de Nuestro divino Salvador, á 20 de Marzo de 1896.

✠ *Próspero María,*

Arzobispo de México.

Por mandato de S. S. J.

Melesio de Jesus Vázquez,

Secretario.

ACTO DE CONSAGRACION.

¡Corazon amabilísimo de Jesus, el más noble, el más amante y el más paciente de todos los corazones, que despues de abrevado por amor al hombre con indecibles amarguras, quisisteis ser herido con dura lanza para ofrecernos, muerto ya, las últimas gotas de vuestra Sangre y agua preciosísima! Poseidos de la más tierna gratitud Os bendecimos y alabamos con toda el alma, y Os ofrecemos desde hoy todo el amor de nuestros corazones. ¡Bendita sea por siempre esa Sangre de infinito valor, que con tan amorosa generosidad derramásteis por rescatarnos del poder de nuestro infernal enemigo! ¡Bendita esa lanza, que si atrevida hirió inclemente el más puro de los corazones, fué para abrimos en él seguro asilo y constante refugio en las adversidades de la vida! ¡Bendita esa corona de punzantes espinas, que traspasando vuestras divinas sienas nos recuerda con desgarradora elocuencia que somos nosotros los que con criminales pensamientos hemos amargado tantas veces ese dulcísimo Corazon! ¡Bendita mil veces esa salvadora Cruz, en que despues de tantos tormentos y amarguras triunfásteis glorioso de la muerte, para merecernos eterna vida!

¡Oh Cruz incomparablemente afortunada, que piadosa sostuviste en tus brazos á nuestro amantísimo Salvador! Nos acogemos á tu amparo, y protestamos querer vivir en ade-

lante bajo tu bendita sombra, negándonos á nosotros mismos, llevando animosos nuestra cruz, y siguiendo con fidelidad al divino Redentor de nuestras almas.

¡Corazon amabilísimo de Jesus, herido por despiadada lanza, cruelmente punzado por las espinas de nuestras culpas, y oprimido con pesada Cruz! Os consagramos desde hoy todas nuestras obras, nuestros pensamientos, nuestras aspiraciones, nuestras penas, nuestras familias y los afectos todos de nuestro corazon. Queremos vivir sólo para Vos, y por Vos sólo ansiamos padecer.

¡Que esa santa Cruz, instrumento felicísimo de nuestra salvacion, nos acoja piadosa bajo su amparo, y que viviendo clavados en ella con espíritu de cristiana mortificacion, en ella dichosamente muramos para vivir y reinar por toda la eternidad en el cielo!—Amén.



0037